



RAMÓN

SOMOS MÁS
JOAQUIM AGUILLELLA

Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Levante



Subcontratar el bienestar

El autor sostiene que Europa debe tener capacidad propia en los sectores clave de la energía y la alimentación



Europa lleva años jugando a una fantasía muy cara: creer que puede subcontratar su bienestar sin pagar la factura. Hemos subcontratado la energía, hemos subcontratado buena parte de la producción industrial y ahora vamos camino de subcontratar también algo tan básico como la alimentación. Luego llega la realidad —una guerra en Ucrania, un barco cruzado en Suez o el cierre de Ormuz— y descubrimos que la prosperidad no se sostiene con eslóganes, sino con capacidad propia.

Conviene aclararlo, porque enseguida aparece el tópico: defender la capacidad productiva propia no es defender la autarquía. Nadie en su sano juicio puede estar contra el libre comercio. El comercio es bueno. Nos enriquece y nos obliga a mejorar. Pero una cosa es comerciar y otra muy distinta poner en manos de terceros los pilares de tu bienestar. Uno negocia mejor cuando tiene cubiertas sus necesidades estratégicas. Y hay dos que son elementales: la energía y la alimentación.

Con la energía llevamos años instalados en el pensamiento mágico: cerrar los ojos, demonizar tecnologías y confiar en que alguien, en algún sitio, producirá por nosotros lo que necesitamos. En energía, como en casi todo, no existen soluciones universales. Cada tecnología sirve para una cosa, para un contexto y para una escala. Lo inteligente no es prohibir por reflejo moral; lo inteligente es desplegar todas las herramientas útiles para garantizar suministro, precio razonable y resiliencia.

Esto de la energía ya no es teoría: se nota cada vez que llenamos el depósito, ¿verdad?

Con la alimentación estamos repitiendo el mismo error, con menos excusa,

porque venimos de hacerlo razonablemente bien. Pero llevamos años haciéndonos trampas al solitario. Nos hemos convencido de que somos muy limpios porque no queremos determinadas industrias o medios de producción en casa, pero luego compramos fuera el resultado de los medios que aquí prohibimos. Es la versión refinada del not in my backyard: yo no contaminao, ya contaminará otro por mí. Muy elegante de cara a la galería. Muy cínico cuando uno rasca un poco.

Pensemos en los fertilizantes nitrogenados. Desde que el proceso Haber-Bosch se desarrolló a comienzos del siglo XX (¡en Europa!), sabemos cómo fijar nitrógeno de la atmósfera y convertirlo en fertilizante. La tecnología existe. El conocimiento existe. La necesidad, también. El problema es que se trata de un proceso intensivo en energía. ¿Y qué hemos hecho? En lugar de asegurar energía suficiente y competitiva para sostener capacidad propia, hemos preferido comprar fuera y llamarlo virtud ambiental. Resultado: no hemos dejado de contaminar; simplemente hemos subcontratado la contaminación a países con normas más laxas que las nuestras. Añadan el transporte, añadan la vulnerabilidad logística y ya tienen el retrato completo del disparate que supone perder nuestra soberanía.

Lo mismo ocurre con otras tecnologías que ni siquiera hemos querido escalar. Tenemos capacidad para desplegar infraestructuras, recuperar nutrientes de aguas residuales, para circularizar materiales, para aprovechar mejor nuestros recursos, para integrar conocimiento biotecnológico, energético e industrial. Pero como en el corto plazo parecía más barato importar, nos hemos dedicado a desmontar músculo pro-

ductivo mientras nos contábamos que eso era sostenibilidad. No: eso no es sostenibilidad. Eso es comodidad con barniz verde.

La prueba de que el modelo hace agua es muy sencilla. En cuanto aparece una tensión seria en el mercado (Ormuz), los países productores hacen exactamente lo que haríamos nosotros si nos quedara sentido estratégico: cierran exportaciones o priorizan el suministro interno. Y entonces se acabó la poesía. Entonces ya no manda el comprador, manda el vendedor. Y cuando manda el vendedor, uno entra en una subasta. A veces, pagando mucho más. Y otras, sencillamente, quedándose sin producto. Así que no se puede construir la seguridad alimentaria de 450 millones de europeos confiando en que habrá alguien dispuesto a vendernos barato, a tiempo y en la cantidad necesaria.

Lo más inquietante es que, frente a esta evidencia, la respuesta política suele consistir en lo mismo: ayudas para pagar el sobrecoste, paquetes temporales, más endeudamiento y mucha retórica. Es decir, dinero público para seguir comprando fuera lo que hemos decidido no producir dentro. Un plan mágico...

Europa necesita sentido común. Necesita recuperar una visión estratégica sobre el agua, la energía, la sanidad vegetal, los fertilizantes, la producción agraria y la industria alimentaria. Necesita asumir que la seguridad no se declara: se construye.

Porque subcontratar la limpieza de una oficina puede ser razonable. Subcontratar el bienestar de una sociedad es una frivolidad histórica. Y las frivolidades, cuando se cruzan con la geopolítica, siempre terminan saliendo carísimas.

ESPADAS
FERRAN BELDA

Pérez Llorca se significa

Apear de este escalafón a Zaplana es muy difícil



La columna que el director de esta casa, Jesús Trelis, publicó el pasado jueves —Pérez Llorca se da a conocer— me impactó más que la alarma de Salomé Pradas. Era tan certera y valiente que me trajo a las mentes las palabras de uno de sus predecesores, el Martín Domínguez evangélico. El que se jugó el cargo al afirmar en la exaltación de la fallera mayor de 1958 que «cuando los hombres callan, hablan las piedras». Y es que, ciertamente, JF Pérez Llorca se está dando a conocer a la carrera, así en lo político como en lo personal, que diría Vázquez Montalbán. El sustituto de Carlos Mazón a título de presidente de la Generalidad no ha suprimido aún los informativos de la Corporación de Medios de Comunicación (CVMC) como ha hecho Péter Magyar, la esperanza europeísta húngara, el hombre que iba a liberar a la UE del fraccionalista Orbán y que nos ha salido rana. Ni creo que lo haga. En principio, porque no parece tan intolerante y picajoso como su colega magiar. Y después, porque ya se encargó el ahora diputado Mazón de acompañar la información audiovisual de la corporación autonómica a los tiempos que corren; iba a decir el diputado de a pie Mazón, pero lo retiró. Le faltó tiempo para agenciarse un complemento de presidente de una comisión parlamentaria de chichinabo. La posibilidad de que intente neutralizar a Punt montando un segundo canal la descarto porque ya Zaplana la quemó al crear Punt 2 y abocar al conjunto de la RTVV a la ruina. Y dejo para los políticos la decisión de determinar si el también llamado Juanfran —confianza que yo no me pienso tomar— se ha significado antes o después que el exministro en su día, que yo diría que no. Apear de este escalafón a Zaplana es muy difícil. El caso Naseiro le permitió debutar en la Primera División siendo un chisgarabís y antes de llegar a Valencia ya se había doctorado en marrullerías. Lo que sí que creo es que Pérez Llorca debe ser el siguiente en la clasificación de esta clase de precocidad presidencial porque Lermá sólo se enemistaba con sus discípulos y fue inmune al escándalo. El Olivas banquero eclipsó al más breve de los «molt honorables». La ambición jaimista —de Jaime I— de Camps trascendió antes que el crecimiento de su ropero. Alberto Fabra pasó por el Palau sin romper más platos que los de la vajilla de Canal 9. Y que Ximo Puig no era el guardián de su hermano costó lo suyo concretarlo. En cambio, que el señor Pérez tiene un particular concepto de la conciliación familiar, un modo no menos privativo de promocionarse y un «geni curtet» lo hemos sabido en cien días mal contados.